

Un substrato mineral verifica arpones,  
collares, agujas, ruedas.

Oye la oculta desazón del hueso  
en lo que pisas, la escueta lascivia  
del sílex que hace zozobrar las vetas  
donde vive su progenie.

Querías ondear  
rehusando especies que no son peces  
ni pálpito, ni eslabón de pétalo  
progresivo.  
Negando un parecido  
con las hoces del coral  
y las médulas abiertas de basalto  
sonrosado.

Pero lames  
la indómita inocencia de las crías  
de la sal en la punta de una lasca,  
la química pureza del marfil,  
el raudo amago que avizora el grito  
en el manejo artero de los blancos  
precipitados.

Te abrochas fíbulas oxidadas y ahora,  
¿quién está tocando a quién?  
¿Quién puede ir a lo suyo?  
¿Quién podrá tocar la piedra sin ser reconocido  
por sus íntimos fragmentos de dureza?

¿Es que nunca habéis usado  
un alfiler de plata,  
un trago glacial,  
el ala zurda de los ángeles?

Duele situarse tan abajo,  
donde las ataduras bramantes,  
templando la vergüenza de los yunques  
con meses de plomo giratorio.

Duele al fin: salve, salve a lo que llora  
y tiembla como el agua al beso.

Ya veis que no se agota  
la inquieta sombra del palafito  
hasta oír un mar:  
rezumante diadema en las montañas  
de escombreras.  
Suave vellón menguante  
que atavía de musgo sensitivo  
la techumbre.

Ondead.

Suave rastro compasivo  
de lombriz  
que la lluvia desentierra.  
Cordón sanitario, río  
donde arrojar la maquinaria  
del lado izquierdo,  
instante de agua enrojecida  
bajo la ciudad  
que no nos incorpora.

Abrazo a tientas  
de herramientas sin precio.

Columbrada hermosura:  
pájaro de miel metiendo el ojo  
en el cero reblandecido  
de la guinda que nos queda.

Casi centro.

Aquí, en el cinturón del bosque,  
bajo un huso de mosquitos,  
junto al árbol esgrafiado  
de epidemia y abandono,  
¿qué puedes enterrar serenamente?

Entre las sobras de zanjados incidentes,  
¿no oíste a Maiakovsky decretar:

Primero  
    rehagamos  
        la vida?

¿Qué pude flamear ahora  
con la azulona luz del frío,  
engañosamente?

Rueda, sinuosa y agarrada  
a los ramajes aplastados,  
la pelusilla del plumón caído.

Y es algo para la brillante urgencia  
de las urracas  
por llevar a sus baúles  
cualquier mirada.

Pero tú, para empezar,  
llega adonde hubo pájaros  
y un haz de lilas verdaderas por almohada.

Encaramada a la orfandad del álbum,  
deslizándose por la fría espalda de los sapos  
una hermandad de felpa sonrosada,  
qué células de miel, qué origen  
de selva no querrías hoy desembargar.